



cultura.elporvenir@prodigy.net.mx

Agora

DE PAPEL

El Porvenir Cultural

MONTERREY, N.L. DOMINGO 24 DE MARZO DE 2024

Olga de León G. / Carlos A. Ponzio de León

El veneno y las agallas

EL COMPADRE BALDOMERO
CARLOS A. PONZIO DE LEÓN

“¿Ya viste, Baldomero? O quitas tus pies de la cornisa o te bajo a chingadazos de esa silla”, le dijo Serapio a su compadre, quien se encontraba bebiendo un vaso de vodka, meciéndose sobre las patas de madera de la silla, esculpida con figuras de Matrioska y lantitas de carruaje, con las piernas y botas sobre la repisa de la ventana, impidiéndole a su compadre pasar un trapo limpio sobre la moldura, que luego de dos años de estar ensuciando con el polvo de la calle, necesitaba urgentemente un lustro.

“Te dije que tu gente no iba a volver a levantarse y te lo cumplí. ¿Te diste cuenta? Eres necio como solo tú sabes serlo”, volvió a hablar Serapio, dirigiéndose a su compadre Baldomero, manteniéndose quieto, con el trapo para limpiar la repisa colgándole del puño de la mano, el cual recargaba sobre su cintura. Serapio buscó la mirada de su compadre y no la encontró. Se acomodó el sombrero y miró de reojo por la ventana, por el mismísimo espacio de luz por el que Baldomero miraba. ¿Qué observaba su compadre?... notó algo blanco y grande sobre el cielo.

“Voy a realizar corte de caja para decirte cuánto me debes y te aviso de una vez que, si te mueres con el putazo que daré para bajarte de tu silla, me la voy a cobrar con tu gente”. Baldomero escuchó, se desabrochó el cuello de su camisa con una mano y luego se arregló las mangas: desde las muñecas hasta los codos. A Serapio no le dio miedo. Ya estaba abriendo lentamente el cajón de la mesa de la cama, donde tenía un revólver relleno de balas calibre .38. Serapio continuó, consciente de que estaba haciendo enojar a su compadre: “A tus niños los haré pagar tus deudas y a tus mujeres las voy a vender baratas”.

Baldomero apretó los dientes y recomendó sus pies: Los tenía hasta entonces cruzados. Bajó el izquierdo de encima del derecho y carraspeó la garganta: no quitaba la vista de la ventana. Serapio se asomó cuidadosamente para mejorar su visión a través del vano. Alcanzó a distinguir en el cielo parte del objeto blanco: era la punta de una estrella blanca.

Los últimos veinticuatro meses, Baldomero había estado sembrando el terror en el pueblo.

Era el hombre más poderoso de la colina y no podía encontrarse a alguien quien le hiciera frente, en veinte kilómetros a la redonda de donde se encontraba sentado en ese momento: la vieja casona de su antiguo compadre, a quien alguna vez llamó hermano, y con quien, tras tantas borracheras había probado el gusto de emborracharse: sin vino de uva, ni otro que no fuera menjurje de vodka, refresco de toronja y jugo de limón.

O el que de vez en cuando preparaban, aunque en pocas ocasiones: una receta que les parecía extremadamente dulce y que ellos decían era, más bien, propia de las viejas, pero que disfrutaban en un trago corto y frío, antes de entrar de lleno sobre la botella completa de vodka: una combinación del mismo vodka con licor de café.

En ocasiones añadían media crema: un lujo al que pocos tenían acceso en aquel pueblo: lleno de abedules pequeños y pocos hielos.

Baldomero venía diciendo, desde años



atrás, que aquellas tierras de la colina eran todas suyas. Había enviado a sus hombres para matar el ganado de los vecinos, robarles tractores y quemarles los sembradíos. La gente iba huyendo de poco a poco. Al alguacil se le encontró muerto un día cualquiera y nadie se atrevió a sustituirlo. Baldomero envió a un subalterno para ocupar la oficina del oficial y ahora estaba pensando en nombrarse él en ese cargo.

En su vieja casona, Serapio continuó acercándose a la ventana. Notó que la estrella tenía seis picos y venía aproximándose al pueblo. Algo como arena blanca comenzó a desprenderse del objeto, justo como si los picos vinieran desapareciendo, dejando en el camino una bola blanca.

“Espero que le caiga encima a este hijo de su chingada”, se dijo Serapio; pero sin abrir la boca. Y sabía que el premio llegaría cuando alguien arribara y lo sacara esposado, de su cueva: al malhechor que tenía por compadre.

Cuando lo tuvo a medio metro de distancia, meciéndose sobre la silla, soltó una patada que derribó al hombre sobre espalda y cabeza.

“Mira, no quiero que te mueras rápido, porque me gustaría verte sufrir ahogándote en tu propia sangre. Necesito abrirte un boquete en la garganta... para que puedas respirar. Es bien conocido que el que se mete en embrollos como en los que tú andas, no sale vivo de ellos nunca”.

Y ahí se quedó tieso, muerto como alacrán fumigado, el compadre Baldomero.

LAS MIGAJAS DE LA VIDA

OLGA DE LEÓN G.

“Cada migaja es un milagro”. Eso decía mi abuela. Aunque al principio no entendía a qué se refería, hasta el día en que le pregunté: ¿qué es una migaja, abuelita? Y, ella me regresó la pregunta: ¿qué entiendes tú, por migaja, hijita?

Pues algo muy pequeño, puede ser una sobra o algo que se cae de la boca cuando muerdes un pedazo de pan, por ejemplo. Ándale, así exactamente: una insignificancia de cosa, lo que a nadie le importa tener o perder, justo porque es insignificante.

Pasaron los años y la frase la guardé en mi memoria.

Un día, cuando yo era mayor y tenía un par de hijos, jóvenes adultos de la misma edad, les pregunté, al ver que despreciaban algunas pequeñas cosas de la vida como si por pequeñas no sirvieran para nada, ¿saben lo que es una migaja? Con una sonrisa medio burlesca, contestaron los dos varones: lo que se desprendió de un todo y quedó reducida precisamente a eso, a una migaja, algo insignificante e inservible.

Qué dirían si les contara que de migajas están hechos los milagros. Cuáles milagros, mamá... respondieron casi al unísono. ¡Todos y cualquiera! La vida, el origen del mundo, de los planetas y de las estrellas; ustedes y yo. Todo proviene del átomo, algo minúsculo que le da sentido y cuerpo a cada cosa; o, ¿no? Además, eso es un milagro. ¡Ustedes son un milagro!

Son el milagro producto de la migaja de amor que me dio su padre una noche maravillosa de verano, cuando él creyó que abusaba de mi inocencia y la pureza de mi corazón que lo amó sin condición y agradecí por siempre el haberlos tenido como producto de esa sola noche de amor: esto fue un milagro increíble, pues yo sola supe, tras aquella noche, que los milagros existen aún en las migajitas que la vida nos ofrece -incluso- sin pedirlos.

La revelación que les hice a mis hijos, en aquel momento de arrebatado que tuve por explicarles la relación entre migajas y milagros los impactó tanto, que decidieron ir a buscar a su padre. Un padre a quien yo había enterrado durante años, para que ellos, mis hijos, no se sintieran despreciados ni abandonados. Me

pidieron les revelara cuanto sabía de él. Y con eso, con lo que les dije, iniciaron sus pesquisas para dar con el paradero del padre. No cabe duda de que los avances de la ciencia y la tecnología hacen también milagros. A la vuelta de dos años, ya tenían indicios del paradero de quien me robó algo más que el corazón, a cambio de sus migajas de amor convertidas en un par de hijos varones, tras esa sola noche de verano.

Sebastián y Lucas eran tan cercanos y unidos, que ni siquiera un secreto como el que les oculté por años sobre su padre, hizo que se distanciaran, por el contrario, eso los unió aún más. Así que se pusieron de acuerdo en qué le dirían o qué le preguntarían, ahora que lo enfrentarían.

Por varios días estuvieron platicando y conciliando sus dudas, para ambos preguntarle lo mismo, y se debatían entre: ¿por qué abandonaste a nuestra madre tras enterarte de que la habías embarazado? Y, ¿realmente no la quisiste? O, ¿alguna vez pensaste en que tu migaja de amor tuvo consecuencias severas para nuestra madre?

Afortunadamente, su familia no la abandonó, le dijeron ellos al padre. Pero, ella dio muestras de gran valor, al decidir enfrentar su situación sola, y hacerse cargo de nosotros sin tu apoyo.

No, nada de eso sucedió... Nada le preguntaron sobre el pasado, cuando lo encontraron. Lo hallaron solo, avejentado y lleno de remordimientos. En el pecado llevó su penitencia. Por el contrario, quisieron ayudarlo. El hombre estaba vuelto una migaja de vida, obtuvo solo migajas del destino y, no obstante, su sola existencia era un milagro para sus hijos, quienes lo volvieron a la vida, con solo llamarlo “papá”.

Sí, definitivamente sí, en cada migajita puede haber un milagro encerrado, todo es asunto de: “saber mirar y saber amar”.

Los milagros suceden cada día y las migajitas son algunos de ellos.



Mariano José de Larra

(Madrid, 1809 - 1837) Escritor y periodista español. Dentro de romanticismo, Mariano José de Larra es el máximo exponente del costumbrismo crítico, opuesto a los cuadros idealizados y pintorescos del costumbrismo testimonial. En los más celebrados de sus «artículos de costumbres», y partiendo de una sabrosa anécdota en la que participa como personaje y narrador, Larra trazó ciertos retratos de la carencia de la sociedad contemporánea y del carácter español (la negligencia y la pereza en el trabajo, la vanidad y el deseo de aparentar, la franqueza como sustitutivo de la educación) y abordó críticamente el atraso del país.

La familia de Larra hubo de emigrar a Burdeos con la expulsión de las tropas napoleónicas, en 1813, pues era sospechosa de afrancesamiento, dado el cargo de cirujano militar al servicio de José Bonaparte que había desempeñado su padre. Gracias a la amnistía concedida por Fernando VII en 1818, la familia regresó a Madrid, y su padre se convirtió en médico personal del hermano del rey Fernando. Mariano José de Larra estudió medicina en Madrid, aunque no llegó a terminar la carrera; en 1825 se trasladó a Valladolid para cursar derecho, estudios que continuaría en Valencia. Al parecer, por esta época se enamoró de una mujer que resultó ser la amante de su padre, lo que fue una dura experiencia para él.

Los años que residió en Francia podrían estar en el origen de su acerado sentido crítico con la realidad de España; sus artículos, aparecidos en un folleto mensual, El Duende Satírico del Día, y que firmaba con el seudónimo «el Duende», le reportaron pronta fama como periodista. Su imagen de agudo observador de las costumbres y de la realidad social, cultural y política se afianzó con la publicación de su revista satírica El Pobrecito Hablador, en la cual escribió con el seudónimo de Juan Pérez de Munguía.

Ambas publicaciones fueron prohibidas por la censura al cabo de poco tiempo. En 1829 casó con Josefa Wetoret, en lo que fue un matrimonio desgraciado que pronto acabó en separación. En 1833 inició una nueva etapa de su carrera, con el seudónimo de Figaro, en la Revista Española y El Observador, donde además de sus cuadros de costumbres insertó crítica literaria y política al amparo de la relativa libertad de expresión propiciada por la muerte de Fernando VII; son famosos sus artículos Vuelva usted mañana, El castellano viejo, Entre qué gentes estamos, En este país y El casarse pronto y mal, entre otros.

En 1834 publicó la novela histórica El doncel de don Enrique el Doliente y estrenó la pieza teatral Macías, ambas basadas en la trágica vida del poeta medieval Macías el Enamorado y en sus amores adulterinos, argumento que, en cierta manera, reflejaba la relación adultera que en aquellos momentos mantenía Larra con Dolores Armijo.

En 1835 emprendió un viaje a Portugal, Londres, Bruselas y París, donde conoció a Víctor Hugo y Alejandro Dumas. De regreso en Madrid, trabajó para los periódicos El Redactor General y El Mundo.

Aunque no compartió los postulados literarios del romanticismo su agitada vida y su muerte lo acercan a los ideales y modelos románticos. Su figura sería reivindicada, años más tarde, por Pío Baroja, Miguel de Unamuno y otros autores afines a la Generación del 98, como Ramón del Valle-Inclán y Antonio Machado.

ad pédem literae

La verdad es una y el error, múltiple

Simone de Beauvoir

Letras de buen humor

¿Qué es un adulto? Un niño inflado por la edad

Simone de Beauvoir

Mónica Lavín

Memorias de cocina e infancia de Carlos Martín

Estamos de ferias, me refiero a los muchos esfuerzos a lo largo del país por enlazar al libro —editores y autores— con los lectores. En días pasados fui invitada tanto a la Feria Internacional de la Lectura Yucatán (FILEY) como a la Feria Internacional del Libro de la Universidad de Baja California en su 25 edición, donde tuve el honor de ser distinguida con un homenaje por trayectoria (Gracias, FILUABC, editores y lectores).

En FILEY celebré con el escritor y amigo Carlos Martín Bricieño la publicación de un proyecto sobre el que charlamos en sobremesas desde hacía un tiempo: Cocina yucateca. Crónicas de infancia y recetas de mi madre. Bellamente editado por Ficticia y los saberes de Marcial Fernández en coedición con el Gobierno del Estado y la Secretaría de Cultura y las Artes de Yucatán, este recetario organizado por apartados que van desde "Para abrir boca", pasando por "Del diario" y otros y

rematando con "Para celebrar" recrea la vida de una familia alrededor de los platillos cotidianos y celebratorios, al tiempo que nos refiere a una Mérida más secreta donde mercados, expendios, casas, traslados, carreteras van construyendo un mapa de recuerdos y cambios, de una comida íntima y natural para los locales a una comida que los fuereños elogiamos, aplaudimos por extraordinaria y única.

Fui invitada a hacer el prólogo para el ejemplar que engalanó la presentación en FILEY del cual comparto algunos fragmentos, porque Carlos ha añadido a su potencia como narrador estas crónicas donde la memoria y el presente se dan la mano en el corazón de una casa, la cocina, donde la madre y la tía (a quienes está dedicado) son las voces con que se teje la precisión del recetario (Carlos dice que garantiza que si las seguimos, nos quedan como en su casa) y el paraíso solar de los años niños.



... Salpicado de anécdotas históricas y familiares, este libro no es sólo un recetario posible de emular en nuestra mesa, sino un paladeo de memorias de cocina y bodega —parafraseando a Alfonso Reyes— con ecos proustianos donde Carlos Martín Bricieño nos comparte sus magdalenas. El autor, que con la palabra asienta y comparte, coloca a la gastronomía en ese peldaño de arte efímero, de asidero sentimental, legado de boca en boca, corazón de las reuniones en famil-

ia y se suma a los escritores y artistas con una devoción gastronómica cristalizada en publicaciones como lo han hecho Fernando y Socorro del Paso, Rubén Darío, Elva Macías y Claudia Hernández de Valle Arizpe, Julian Barnes o el propio Monet que cocinaba mientras pintaba sus nenúfares en los jardines de Giverny.

Me declaro, como Rosario Castellanos, una devota de los papadzules... La mesa está servida. Buen provecho, lectores.